

Charlotte Perkins Gilman

Si Yo Fuera
Un Hombre



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

SI YO FUERA UN HOMBRE

CHARLOTTE PERKINS GILMAN

PUBLICADO: 1914

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: LIBRARYOFSHORTSTORIES.COM**

SI YO FUERA UN HOMBRE

CHARLOTTE PERKINS GILMAN

"Si yo fuera un hombre..." Eso es lo que siempre decía la linda y pequeña Mollie Mathewson cuando Gerald no hacía lo que ella quería—lo cual era raro.

Eso fue lo que dijo esa mañana brillante, con un golpe de su pequeño zapatito de tacón alto, solo porque él había hecho un escándalo sobre esa factura, la larga con el "estado de cuenta", que ella había olvidado darle la primera vez y le había dado miedo hacerlo la segunda—y ahora él la había tomado del cartero él mismo.

Mollie era "fiel a su tipo". Era un hermoso ejemplo de lo que se reverencia como "una verdadera mujer". Pequeña, por supuesto—ninguna verdadera mujer puede ser grande. Bonita, por supuesto—ninguna verdadera mujer podría ser fea. Caprichosa, voluble, encantadora, cambiante, devota a la ropa bonita y siempre "llevándola bien", como dice la frase esotérica. (Esto no se refiere a la ropa—no se desgastan bien en lo absoluto—sino a alguna gracia especial al ponérselas y llevarlas, otorgada a pocos, al parecer.)

También era una esposa amorosa y una madre devota, poseedora del "don social" y del amor por la "sociedad" que lo acompaña, y, con todo esto, era

afectuosa y orgullosa de su hogar y lo manejaba tan hábilmente como— bueno, como la mayoría de las mujeres.

Si alguna vez hubo una verdadera mujer, esa era Mollie Mathewson, sin embargo, deseaba con todo su corazón y alma ser un hombre.

¡Y de repente lo fue!

Ella era Gerald, caminando por el sendero tan erguido y con los hombros cuadrados, apurado para su tren matutino, como siempre, y, hay que admitirlo, con algo de mal humor.

Sus propias palabras resonaban en sus oídos—no solo la "última palabra", sino varias que habían precedido, y mantenía los labios firmemente cerrados para no decir algo de lo que se arrepentiría. Pero en lugar de aceptar la posición tomada por esa figura enojada en la veranda, lo que sentía era una especie de orgullo superior, una simpatía como con la debilidad, un sentimiento de "debo ser gentil con ella", a pesar del enojo.

¡Un hombre! Realmente un hombre—con solo la suficiente memoria subconsciente de sí misma para hacerle reconocer las diferencias.

Al principio había una sensación graciosa de tamaño y peso y grosor extra, los pies y las manos parecían extrañamente grandes, y sus piernas largas, rectas y libres avanzaban con un paso que la hacía sentir como si estuviera en zancos.

Esto pasó pronto, y en su lugar, creciendo durante todo el día, dondequiera que iba, apareció una nueva y deliciosa sensación de ser del tamaño adecuado.

Todo encajaba ahora. Su espalda cómodamente contra el respaldo del asiento, sus pies cómodamente en el suelo. ¿Sus pies?... ¡Sus pies! Los estudió cuidadosamente. Nunca antes, desde sus primeros días escolares, había sentido tal libertad y comodidad en cuanto a los pies—eran firmes y sólidos en el suelo cuando caminaba; rápidos, elásticos, seguros—como cuando, movida por un impulso irreconocible, había corrido tras, atrapado y abordado el coche.

Otro impulso buscó en un bolsillo conveniente por cambio—instantáneamente, automáticamente, sacando un níquel para el conductor y un centavo para el vendedor de periódicos. Estos bolsillos llegaron como una revela-

ción. Por supuesto, sabía que estaban allí, los había contado, se había burlado de ellos, los había reparado, incluso los había envidiado; pero nunca había soñado con cómo se sentía tener bolsillos.

Detrás de su periódico dejó que su conciencia, esa extraña conciencia mezclada, vagara de bolsillo en bolsillo, dándose cuenta de la seguridad armada de tener todas esas cosas a mano, instantáneamente accesibles, listas para enfrentar emergencias. La caja de cigarros le dio una sensación cálida de comodidad—estaba llena; la pluma estilográfica firmemente sujeta, segura a menos que se pusiera de cabeza; las llaves, los lápices, las cartas, los documentos, el bloc de notas, la chequera, la carpeta de cuentas—todo a la vez, con una profunda sensación de poder y orgullo, sintió lo que nunca había sentido antes en toda su vida—la posesión de dinero, de su propio dinero ganado—suyo para dar o retener, no para pedir, rogar, suplicar—suyo.

Esa cuenta—bueno, si le hubiera llegado a él, es decir, él la habría pagado como algo natural, y nunca se lo habría mencionado—a ella.

Entonces, siendo él, sentado allí tan fácilmente y firmemente con su dinero en los bolsillos, despertó a su conciencia de toda la vida sobre el dinero. Niñez—sus deseos y sueños, ambiciones. Juventud—trabajando tremendamente por lo necesario para hacer un hogar—para ella. Los años presentes con toda su red de preocupaciones y esperanzas y peligros; el momento presente, cuando necesitaba cada centavo para planes especiales de gran importancia, y esta cuenta, vencida hace mucho y exigiendo pago, significaba una cantidad de inconvenientes totalmente innecesarios si se le hubiera dado cuando llegó por primera vez; también, la fuerte aversión del hombre por ese "estado de cuenta".

‘¡Las mujeres no tienen sentido comercial!’ se encontró diciendo. ‘Y todo ese dinero solo para sombreros idiotas, inútiles, feos!’

Con eso comenzó a ver los sombreros de las mujeres en el coche como nunca antes había visto sombreros.

Los de los hombres parecían normales, dignos, favorecedores, con suficiente variedad para el gusto personal, y con distinción en estilo y edad, como nunca había notado antes. Pero los de las mujeres—

Con los ojos de un hombre y el cerebro de un hombre; con la memoria de toda una vida de acción libre en la que el sombrero, ajustado sobre el cabe-

llo corto, no había sido un obstáculo; ahora percibía los sombreros de las mujeres.

El cabello esponjado en masa era a la vez atractivo y tonto, y sobre ese cabello, en todos los ángulos, en todos los colores, inclinados, torcidos, torturados en cada forma torcida, hechos de cualquier sustancia que el azar pudiera ofrecer, se posaban estos objetos informes. Luego, sobre su falta de forma, los adornos—estas chorros de plumas rígidas, estos lazos violentamente sobresalientes de cinta brillante, estas masas balanceantes y proyectadas de plumaje que atormentaban las caras de los transeúntes.

Nunca en toda su vida había imaginado que esta idolatrada sombrerería pudiera parecer, para aquellos que la pagaban, como las decoraciones de un mono loco.

Y sin embargo, cuando entró en el coche una pequeña mujer, tan tonta como cualquier otra, pero linda y dulce, Gerald Mathewson se levantó y le cedió su asiento. Y, más tarde, cuando entró una chica guapa de mejillas rojas, cuyo sombrero era más salvaje, más violento en color y excéntrico en forma que cualquier otro—cuando ella se quedó cerca y sus suaves plumas rizadas le rozaron la mejilla una y otra vez—sintió una sensación de placer repentino por el toque íntimo que cosquilleaba—y ella, en lo más profundo de sí misma, sintió una ola de vergüenza que bien podría ahogar mil sombreros para siempre.

Cuando tomó su tren, su asiento en el coche de fumadores, tuvo una nueva sorpresa. A su alrededor estaban los otros hombres, también viajeros diarios, y muchos de ellos amigos suyos.

Para ella, habrían sido distinguidos como "el esposo de Mary Wade", "el hombre con el que está comprometida Belle Grant", "ese rico señor Shopworth" o "ese agradable señor Beale". Y todos ellos le habrían levantado el sombrero, hecho una reverencia, conversado cortésmente si estuvieran lo suficientemente cerca—especialmente el señor Beale. Ahora sentía la sensación de conocimiento abierto, de conocer a los hombres—tal como eran. La mera cantidad de este conocimiento fue una sorpresa para ella—todo el trasfondo de conversación desde la niñez, el chisme de la barbería y el club, la conversación de las horas de la mañana y la tarde en los trenes, el conocimiento de la afiliación política, de la posición empresarial y las perspectivas, del carácter—en una luz que nunca había conocido antes. Venían y ha-

blaban con Gerald, uno y otro. Parecía bastante popular. Y mientras hablaban, con esta nueva memoria y nuevo entendimiento, un entendimiento que parecía incluir la mente de todos estos hombres, surgió en la conciencia sumergida una nueva, una sorprendente revelación—lo que realmente piensan los hombres de las mujeres.

Había allí hombres buenos, promedio, estadounidenses; en su mayoría hombres casados y felices—en lo que cabe en general la felicidad. En la mente de cada uno y de todos parecía haber un departamento de dos pisos, bastante aparte del resto de sus ideas, un lugar separado donde guardaban sus pensamientos y sentimientos sobre las mujeres.

En la mitad superior estaban las emociones más tiernas, los ideales más exquisitos, los recuerdos más dulces, todos los sentimientos amables sobre el "hogar" y la "madre", todos los delicados adjetivos admirativos, una especie de santuario, donde una estatua velada, adorada ciegamente, comparía lugar con experiencias queridas aunque comunes.

En la mitad inferior—aquí esa conciencia enterrada despertó con agudo dolor—guardaban una colección completamente diferente de ideas. Aquí, incluso en este esposo de mente limpia, estaba el recuerdo de historias contadas en cenas de hombres, de peores escuchadas en la calle o el coche, de tradiciones viles, epítetos groseros, experiencias vulgares—conocidas, aunque no compartidas.

Y todas estas en el departamento "mujer", mientras que en el resto de la mente—aquí había un nuevo conocimiento, sin duda.

El mundo se abrió ante ella. No el mundo en el que había sido criada—donde el Hogar había cubierto casi todo el mapa, y el resto había sido "extranjero" o "territorio inexplorado", sino el mundo tal como era—el mundo del hombre, tal como lo hacían, vivían y veían, los hombres.

Era mareante. Ver las casas que pasaban tan rápido por la ventana del coche, en términos de facturas de constructores, o con algún conocimiento técnico sobre materiales y métodos; ver un pueblo que pasaba con un conocimiento lamentable de quién "lo poseía" y de cómo su Jefe aspiraba rápidamente al poder estatal, o de cómo ese tipo de pavimentación era un fracaso; ver tiendas, no como meras exhibiciones de objetos deseables, sino como

empresas comerciales, muchas meros barcos a la deriva, algunas prometiendo un viaje rentable—este nuevo mundo la desconcertó.

Ella—como Gerald—ya había olvidado esa cuenta, sobre la cual ella—como Mollie—aún lloraba en casa. Gerald estaba "hablando de negocios" con este hombre, "hablando de política" con aquel, y ahora simpatizando con los problemas cuidadosamente retenidos de un vecino.

Mollie siempre había simpatizado con la esposa del vecino antes.

Comenzó a luchar violentamente con esta gran conciencia masculina dominante. Recordó con repentina claridad cosas que había leído, conferencias que había escuchado, y resentía con intensidad creciente esta serena preocupación masculina por el punto de vista masculino.

El señor Miles, el hombrecito quisquilloso que vivía al otro lado de la calle, estaba hablando ahora. Tenía una esposa grande y complaciente; a Mollie nunca le había gustado mucho, pero siempre había pensado que él era bastante agradable—era tan puntilloso en las pequeñas cortesías.

Y aquí estaba hablando con Gerald—¡qué conversación!

"Tuve que venir aquí," dijo. "Le di mi asiento a una dama que estaba decidida a tenerlo. No hay nada que no consigan cuando se lo proponen, ¿eh?"

"¡Sin miedo!" dijo el hombre grande en el asiento de al lado. "No tienen mucha mente para decidir, ya sabes—y si la tienen, la cambiarán."

"El verdadero peligro," comenzó el reverendo Alfred Smythe, el nuevo clérigo episcopal, un hombre alto, delgado y nervioso con un rostro de varios siglos de antigüedad, "es que traspasen los límites de su esfera designada por Dios."

"Sus límites naturales deberían mantenerlas, creo," dijo el alegre doctor Jones. "No puedes ignorar la fisiología, te lo digo."

"Nunca he visto límites, yo mismo, al menos no a lo que quieren, de todos modos," dijo el señor Miles. "Simplemente un esposo rico y una casa lujosa y sin fin de sombreros y vestidos, y lo último en automóviles, y algunos diamantes—y así sucesivamente. Nos mantiene bastante ocupados."

Había un hombre gris y cansado al otro lado del pasillo. Tenía una esposa muy agradable, siempre bellamente vestida, y tres hijas solteras, también

bellamente vestidas—Mollie las conocía. Sabía que él trabajaba duro también, y lo miró ahora un poco ansiosamente.

Pero él sonrió alegremente.

"Te hará bien, Miles," dijo. "¿Para qué más trabajaría un hombre? Una buena mujer es de lo mejor que hay en la tierra."

"Y una mala es lo peor, eso es seguro," respondió Miles.

"Ella es una hermana bastante débil, vista profesionalmente," afirmó solemnemente el doctor Jones, y el reverendo Alfred Smythe añadió, "Ella trajo el mal al mundo."

Gerald Mathewson se sentó derecho. Algo se estaba agitando en él que no reconocía—aún no podía resistir.

"Me parece que todos hablamos como Noé," sugirió secamente. "O las antiguas escrituras hindúes."

Las mujeres tienen sus limitaciones, pero nosotros también. Dios lo sabe. ¿No hemos conocido chicas en la escuela y en la universidad tan inteligentes como nosotros?"

"Ellas no pueden jugar a nuestros juegos," respondió fríamente el clérigo.

Gerald midió sus proporciones magras con un ojo experimentado.

"Yo nunca fui particularmente bueno en el fútbol," admitió modestamente, "pero he conocido mujeres que podían superar a un hombre en resistencia general. Además—¿la vida no se pasa en actividades atléticas!"

Esto era tristemente cierto. Todos miraron por el pasillo donde un hombre pesadamente mal vestido con una mala complexión se sentaba solo. Había ocupado la cima de las columnas una vez, con titulares y fotografías.

Ahora ganaba menos que cualquiera de ellos.

"Es hora de que despertemos," prosiguió Gerald, todavía interiormente impulsado a un discurso poco familiar. "Las mujeres son bastante personas, me parece. Sé que se visten como tontas—¿pero quién tiene la culpa de eso? Inventamos todos esos sombreros idiotas de ellas, y diseñamos sus modas locas, y, lo que es más, si una mujer tiene el coraje de usar ropa y zapatos de sentido común—¿cuál de nosotros quiere bailar con ella?"

"Sí, las culpamos por aprovecharse de nosotros, pero ¿estamos dispuestos a dejar que nuestras esposas trabajen? No lo estamos.

Hiere nuestro orgullo, eso es todo. Siempre las criticamos por hacer matrimonios mercenarios, pero ¿qué llamamos a una chica que se casa con un tonto sin dinero? Simplemente una pobre tonta, eso es todo. Y ellas lo saben.

"En cuanto a la Madre Eva—no estuve allí y no puedo negar la historia, pero diré esto. Si ella trajo el mal al mundo, nosotros los hombres hemos tenido la mayor parte de mantenerlo en marcha desde entonces—¿qué tal eso?"

Llegaron a la ciudad, y todo el día en su trabajo, Gerald fue vagamente consciente de nuevas perspectivas, sentimientos extraños, y la sumergida Mollie aprendió y aprendió.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB